

El duende de la hacienda

Érase una vez un pueblecito olvidado en el corazón de las montañas, rodeado de riscos, barrancos y pinares. En sus casitas pegadas a las cuevas de las montañas no vivían más de cien habitantes. Era un lugar tan aislado que para llegar a Tejeda, la ciudad más cercana, se podía tardar hasta tres horas porque había solo un sendero de tierra con el que había que dar un gran rodeo debido a los altos picos y profundos valles entre las montañas. La vida ahí era bastante dura pero tranquila, la gente solía trabajar cultivando la tierra de sol a sol para alimentar a sus hijos. Las casas de piedra y barro, aunque sencillas y humildes, eran acogedoras. No tenían más de dos habitaciones, un fogón y una huerta adosada, donde se solía cultivar algún tipo de verdura para enriquecer de vez en cuando los platos cotidianos. Las cuevas alrededor del pueblo estaban cubiertas con los pequeños bancales, donde se cultivaban distintos tipos de cereales como trigo, maíz, cebada o lentejas, aprovechando cada rincón fértil. En las partes más planas se extendían los huertos de almendros e higueras y más lejos, en las laderas de las montañas, los pastores vigilaban a sus rebaños de cabras y ovejas.

Era un día de julio, especialmente caluroso, el sol ya se había puesto encima del pueblo, sus rayos caían con fuerza sobre las laderas desérticas, el suelo ardía como un horno y los padres de Airam rezaban cada día por la lluvia. Aunque no eran más de las diez de la mañana, él junto con su padre, estaban ya de vuelta en casa esperando a la hermana de Airam, Naira, que estaba moliendo maíz tostado para preparar gofio. Cuando vino también la madre de Airam y la comida estuvo hecha, toda la familia, incluso los pequeños gemelos Jonay y Yaiza, se sentaron en los dos bancos largos alrededor de la única mesa de madera tosca que tenían en casa. Faltaba solo Tanausú, hijo segundo y hermano menor de Airam que estaba pastoreando el ganado y volvía siempre por la noche. Después de la comida Airam se quedó con hambre, las reservas se estaban reduciendo rápidamente, en la despensa sólo quedaban dos sacos de trigo, un poco de maíz y algunos higos secos, así que cada comida había que repartirla en raciones con cuidado para que quedase algo para los días siguientes. Los rendimientos de los campos del año pasado eran bajos a causa de la sequía enorme que padecía la región, Si este año fuera igual, la familia de Airam apenas tendría lo suficiente para sobrevivir todo el invierno. Y no era solo la familia de Airam la que sufría con la escasez de la comida, más o menos todos en el pueblo estaban bastante preocupados por la situación actual y todos tenían que apretarse el cinturón para llegar al fin del verano.

Un día como cualquier otro, cuando el sol estaba ardiendo, comió Tanausú al mediodía un trozo de gofio, echó un vistazo al ganado que estaba descansando y refugiado en la sombra de los pinos. Se sentó también debajo de uno de ellos y en poco tiempo se quedó frito, no había que preocuparse por los animales porque a esa hora solían yacer en la sombra, pero aún así al despertarse se dio cuenta de que una oveja, la de la mancha negra en su frente, faltaba. Tanausú no se preocupó porque esto le pasaba de vez en cuando, quizá se descarrió en busca de hierbas más frescas. Con mayor probabilidad no estaría muy lejos pensaba Tanausú y salió a buscarla. La oveja no aparecía por ningún lado y después ya se empezó a preocupar de verdad, tenía que encontrarla sí o sí. Tanausú había casi perdido la esperanza, cuando de repente oyó una voz débil que pedía ayuda. Tanausú corrió en dirección de la voz preguntándose quién podría ser, tal vez algún niño que se había perdido, pero no tenía claro cómo podría alejarse tanto del pueblo. De repente vio una criatura pequeña que estaba atrapada debajo de una roca que debió haberse desprendido del macizo rocoso que se elevaba

sobre ellos. Tanausú no dudó en quitar la roca y salvar a la criatura que le dio las gracias y se presentó como el duendecillo de la hacienda y le dijo que la familia que le dejase vivir en su casa y que le cuidara bien, siempre tendría suerte y nunca sufriría de escasez, también le dijo que la familia con la que vivía antes, lo había echado cruelmente de su hogar y por lo tanto estaba andando por las montañas en busca de una casa nueva en la que se pudiera refugiar. A continuación, le preguntó a Tanausú si podría quedarse con él y éste todavía sorprendido por lo recién ocurrido dijo que sí. El duendecillo le pidió que lo llevara porque ya estaba muy cansado, Tanausú obedeció y se lo puso a sus hombros. Pensaba en la oveja, tendría que ir a buscarla más tarde, sin embargo, cuando alcanzó el ganado vio que la oveja con la mancha negra estaba ya en el centro del rebaño como si nunca se hubiera perdido. Esto le sorprendió aún más, pensaba si no había sido solo un sueño.

El duendecillo le empezó a apresurar repitiendo que tenía una sed terrible, que no había comido nada durante tres días y que, si Tanausú no se apuraba, se moriría de cansancio. Cuando regresaron a casa el duendecillo pidió agua y gofio hecho con miel para comer, Tanausú le dio de beber explicando a su madre y a Naira, quién es el duendecillo y cómo les ayudaría. Su madre no confió mucho, sin embargo, le ordenó a Naira que preparase el gofio con la última miel que tenían. Después de la comida, el duendecillo pidió queso, y porque en casa no había ni un pequeño trocito, la madre tuvo que ir de casa a casa pidiendo los vecinos que se lo dieran a deuda. Cuando finalmente consiguió un trozo de queso y volvió a casa, el duendecillo estaba enojado ya que había tardado mucho tiempo, comió todo el trozo de un tirón y le dijo que la próxima vez tendría que ser más grande. Tras la comida se fue al dormitorio porque no quería ser distraído y le dijo que necesitaba unas alpargatas de esparto porque le dolían los pies de andar descalzo. Cuando por la noche volvieron Airam con su padre, se enteraron de lo que había pasado con su nuevo invitado, dudaron de si lo que decía era verdad y si en serio les ayudaría, pero como no tenían otro remedio estaban de acuerdo con dejarle en casa.

Pasaba día tras día, al principio no era fácil cuidar del duendecillo de hacienda, el único ingreso de dinero que tenían era de las telas que tejía Naira con su madre, pero había que gastarlo para las alpargatas y otros caprichos de duendecillo y él encima estaba siempre fuera de quicio. Sin embargo, tras un tiempo empezaron a notar los cambios, un día se formaron nubes densas encima del pueblo y de repente empezó a llover y así cada día hasta que la tierra estuvo suficientemente regada, el rebaño que pastoreaba y Tanausú comenzó a producir más leche que los demás rebaños de otros pastores, la cosecha fue fenomenal ese año y también las telas que tejían Naira con su madre se habían vendido por un buen precio. La cosecha en su huerta prosperaba, incluso sobraba para almacenarla para el invierno y sobraba dinero, simplemente había abundancia de todo.

Un día, Naira, al levantarse, descubrió unas alpargatas al lado de la cama que compartía con los gemelos, se sorprendió, porque ella como los demás miembros de la familia solía andar descalza. Les preguntó a sus padres si eran suyos, pero ellos insistían que no y que no sabían cómo aparecieron en casa. Entonces llegaron a la conclusión de que era otro milagro del duendecillo de hacienda y decidieron dejarlo en el aire. Naira se quedó con alpargatas, ya que le quedaban perfectamente. El día siguiente, Naira fue al pozo común de agua y ahí se encontró con una vecina suya, con la que solía conversar. Este día su vecina le dijo: -que bonitas nuevas alpargatas tienes, te quedan muy bien, yo también tenía unas parecidas, pero ayer se

perdieron y no puedo encontrarlas por ningún sitio, ojalá tuviera tanta suerte como tú. Y se podía notar mucha desesperación en su voz. Naira no supo qué responder, su amiga le pilló por sorpresa y, tras un instante, dijo con voz un poco nerviosa: -gracias, mi padre me las trajo desde la ciudad, y se fue de prisa a casa. Por la noche le contó lo ocurrido a sus padres quienes empezaron a intuir de donde eran las alpargatas, aún así, no se atrevieron a molestar al duendecillo con esta pregunta y decidieron cerrar este caso.

Pero la cosa no fue tan sencilla y estos “milagros” seguían ocurriendo. Aquí se perdió una taza de la casa al lado, ahí se perdió una vela del sebo, a aquella vecina se le perdió una aguja y a este vecino su azada nueva se cambió por una muy usada y no se sabía el por qué. Solo una cosa, tenían estos objetos perdidos en común y era que todos aparecían en la casa de la familia de Airam. Al principio, nadie se dio cuenta, pero por aquel momento la familia de Airam ya era sospechosa, los vecinos solían verlos con las cosas nuevas que parecían como tuyas perdidas y ellos por supuesto no podían devolver nada porque así confirmarían que lo habían robado. También el regente del pueblo se enteró del asunto. En ese momento la madre que desde el principio no pensaba sobre el duendecillo nada bueno, decidió hablar con él. No quería incomodarlo ya que sabía que era muy caprichoso y no le gustaba cuando alguien lo molestaba, por lo tanto, entró cuidadosamente en la habitación y vio que el duendecillo estaba tumbado en la cama picando las uvas secas y cuando se dio cuenta de que la madre no le traía nada para comer la lanzó una mirada llena de crispación. La madre empezó a explicarle amablemente, que no podía robarle las posesiones ajenas porque ellos no eran una familia deshonesto y todo esto les estaba causando serios problemas. Pero el duendecillo le echó en cara que ellos tampoco le cuidaban muy bien, porque no le daban de comer suficiente.

Después de este incidente no sólo dejaron de aparecer las cosas impropias en su casa sino también empezaron a perderse las tuyas. Los almendros iban cuesta abajo y sin freno, el trigo estaba como si le hubiera caído una maldición y el ganado de Tanausú tenía un aspecto lamentable. A la verdura de la huerta se la comieron los gusanos, las telas no salían muy bien y en casa a menudo se estropeaba algo. Ahora entendían a la madre porque le parecía sospechoso el duendecillo y Tanausú se arrepentía mucho por haberlo llevado a la casa a la que trajo solo mala suerte. Unas cuantas veces intentaron echarlo de su hogar, por la noche cuando se quedaba dormido lo pusieron dentro de un saco, lo llevaron fuera y cerraron todas las puertas y ventanas en su vivienda, pero por la mañana estaba otra vez dentro. La despensa siempre la cerraban con llave, pero a pesar de esto desaparecía la comida, la convivencia con el duendecillo se convirtió en un infierno.

La última gota que rebalsó el vaso fue cuando la madre enfermó y no pudo levantarse de la cama por varias semanas. En aquel momento el padre se acordó de lo que dijo Tanausú cuando trajo al duendecillo, que la familia previa lo había echado de su casa. -Entonces tiene que haber algún modo de forzarle para que se vaya, pensó. Al día siguiente habló con Airam y le explicó cómo estaban las cosas, le dijo que cogiese el poco dinero que quedaba y que en Tejada vivía un hombre muy prudente que les podría dar un consejo para solucionar el problema. Así que Airam el día siguiente, al amanecer, emprendió el camino en dirección a Tejada. Era primavera así que el camino no era tan difícil, al mediodía Airam ya estaba delante de la ciudad.

Encontró, según las indicaciones de su padre, a un hombre anciano, que vivía en una casita decorada con varios ornamentos, hierbas colgadas sobre el techo y con otras cosas de las que

Airam no tenía ni idea que eran y para que servían. El anciano le dio cordialmente la bienvenida y enseguida le preguntó por el motivo de su visita. Airam le contó sobre su problema y el anciano le dijo: -nunca debiste haber llevado al duendecillo a vuestra casa, lo que os ha dicho es una mentira. Hay una opción de cómo deshacerse de él, sin embargo, es muy difícil - ¿Y cuál es? ¿Qué tengo que hacer? preguntó Airam. -Tienes que ir al suroeste, tras cruzar nueve montañas y nueve valles, es importante que no te desvíes del camino pase lo que pase o te vas a perder, y encontrarás un palacio. En este palacio vive un conde del inframundo, éste te va a dar tres tareas difíciles. Si las cumples, te ofrecerá varios tesoros y joyas de su cámara del tesoro, pero tú tendrás que elegir solo la espada vieja oxidada, la bolsita con trigo, la rama de flores marchitadas y el pájaro gris con feas plumas. Y ahora tienes que irte, te espera un largo camino. -Y qué tengo que hacer con estas cosas, preguntó Airam. -Lo sabrás en su justo momento, le respondió el anciano. Cuando Airam quiso pagarle al anciano por sus consejos, éste lo rechazó diciendo -quédate con este dinero porque lo vas a necesitar.

Entonces Airam emprendió el viaje, caminó varios días sin ver a un ser vivo, hasta que llegó a una ciudad. En una taberna quería pedir un plato de gofio, pero le dijeron que tenían solo alguna fruta y leche de cabra porque aquel año la cosecha había sido especialmente mala y que todos sufrían de hambruna. Airam no se detuvo mucho tiempo y al día siguiente continuó con su viaje. En poco tiempo llegó a otra ciudad, ésta era muy rara, en las calles no había nadie, cuando Airam encontró a una única persona, le preguntó que qué había pasado ahí y por qué no había nadie... -Ha venido una epidemia muy grave de la que no existe ninguna medicina y, desde entonces, casi todos se han puesto enfermos. Airam se fue de prisa de esta ciudad para que también no le atacase esta grave enfermedad. Llegó a la tercera ciudad que, desde lejos, se veía solo como una agrupación de colinas extraordinariamente verdes, pero al acercarse distinguió las casas completamente cubiertas de vegetación. En algunas casas todavía vivía gente, otras estaban ya destruidas completamente. Airam le preguntó a la primera persona que encontró que había pasado ahí y ésta le respondió: -Un día un comerciante, un vecino nuestro, trajo una semilla especial de un viaje de negocios del extranjero y la sembró en su jardín. Le creció una flor preciosa que al poco tiempo se extendió por todo su jardín, cuando intentó cortarla crecía siempre más y más hasta que devoró toda su casa. Se reunieron los hombres más fuertes de la ciudad para terminar con esa planta, pero cuánto más la cortaban, más crecía, hasta que cubrió toda la ciudad. En esta ciudad Airam se quedó lo justo para recuperar fuerzas y al día siguiente continuó en su camino.

No era el mediodía cuando cruzó un pinar y vio que en un pino se movía algo, Airam se acercó para verlo mejor y se dio cuenta de que era un gato que estaba intentando alcanzar un nido de canarios. Los cachorros estaban temblando de miedo y sus padres daban imprudentemente vueltas alrededor del gato con intención de distraerlo, pero no servía para nada. El gato habría alcanzado el nido si Airam no le hubiera lanzado una piedra. El gato no se lo esperaba, se cayó del pino y salió corriendo. Los dos canarios volaron encima Airam cantando como si quisieran darle las gracias porque les había salvado sus cachorros.

Al día siguiente Airam llegó al palacio que le había descrito el anciano y se quedó helado contemplando su grandeza, el palacio era enorme, estaba construido con una piedra oscura poco típica en la isla y cuando Airam se acercó le rodeó la niebla y también la temperatura bajó notablemente. En el palacio le dio la bienvenida el mismo conde del inframundo, que le dijo: -Sé porque estás aquí, sígueme por favor y con esas palabras lo llevó a una gran sala, en

el corazón del palacio, llena de oro, con piedras preciosas y varias joyas, es la cámara de tesoro pensó Airam que quedó asombrado por el brillo de todas estas cosas preciosas. Pero también se dio cuenta de la jaula con el pájaro gris con plumas bastante feas, de la vieja espada oxidada, de la bolsita con trigo y de la rama de flores marchitadas, tal como le había dicho el anciano. El conde del inframundo continuó: -si consigues cumplir las tres tareas que te voy a dar, podrás elegir lo que querrás de esta sala, pero piénsatelo bien, cuando tomes la decisión ya no hay vuelta atrás. A aquellos que lo intentan y no lo cumplen los convierto en una de esas esculturas que puedes ver en este palacio. Pero Airam ya estaba decidido, así que confirmó que sí, que quería intentarlo. El conde del inframundo le dijo -mañana por la madrugada te voy a dar la primera tarea, por ahora mi criado te va a enseñar tu habitación y puedes moverte por el palacio como quieras y se fue. Airam pasó toda la tarde paseando por el enorme palacio y por los jardines admirando su grandeza. Y cuando por la noche se acostó, tuvo un sueño extraño: estaba en un jardín escuchando los pájaros cuando de repente dos canarios se sentaron delante de él y a su gran sorpresa le empezaron a hablar -has salvado la vida a nuestros hijos y nosotros ahora te lo vamos a devolver. En el huerto de mangueros del conde del inframundo hay miles de árboles, cada cien años en uno de ellos madura un mango cuyo zumo da una fuerza enorme a la persona que lo beba. La tarea va consistir en buscar y traer este fruto en un día. Lo distinguirás fácilmente entre los mangos normales, ya que están todavía todos verdes, pero solo este tendrá un color rojo.

Tal como habían dicho los canarios en el sueño de Airam, por la mañana el conde del inframundo le ordenó traerle el fruto especial de su huerto diciendo -tienes tiempo hasta la puesta del sol. Airam se fue de prisa al huerto dónde después de un rato observó a dos canarios cantando en la rama de un manguero, cuando se acercó, los canarios dieron tres vueltas alrededor de él y volaron en dirección dentro de los mangueros, siempre esperaron un poco para que les pudiera seguir. En el momento en que desaparecieron entre las ramas de un manguero, Airam no dudó en subir a ese árbol, no era nada fácil, puesto que el manguero era bastante alto y el mango rojo se encontraba en la rama más alta y se veía solo a vista de pájaro. Pero los canarios le indicaron la posición exacta así que no tuvo que buscarlo y lo encontró fácilmente. De vuelta al palacio se sintió muy agradecido a los canarios, porque registrar todo el huerto le hubiera llevado una eternidad. Cuando lo entregó al conde del inframundo, éste pensó: -mañana te voy a dar una tarea mucho más difícil que esta.

Por la noche Airam soñó otra vez con los canarios, que esta vez le dijeron que en el pico más alto de las montañas vive en su palacio el señor del viento que tiene en su jardín una planta muy poco común y preciosa que tiene un poder especial porque todos los que la huelen se sienten feliz al instante. Pero florece solo un día en el año y que mañana será este día. El conde del inframundo querrá que Airam le traiga una semilla de esta flor para poder plantarla en su jardín, pero conseguirla es prácticamente imposible, ya que el mismo palacio del viento se encuentra en un lugar inaccesible para los que no tienen alas y también una tibicena está vigilando a la flor. Los canarios le dijeron que no se preocupase y que esperase en el huerto que le traerían la semilla. Al día siguiente el conde del inframundo, esta vez más seguro de que no conseguiría cumplir la tarea, le ordenó a Airam exactamente lo que le habían dicho los canarios. Airam entonces fue al huerto a esperar a los canarios. Sin embargo, pasó el mediodía, la tarde y el sol ya se estaba acercando al horizonte y los canarios no aparecían por ningún lado y Airam ya comenzó a preocuparse. El sol ya se ha casi puesto cuando de repente aparecieron los canarios y uno de ellos llevaba la semilla en su pico. Airam tuvo que correr

para entregarla a tiempo al duque que la recibió con decepción. Cuando le trajeron la cena, Airam abrió la ventana para que los canarios pudiesen entrar y les dio las migas del pan ya que estaban hambrientos del largo viaje.

Por la noche Airam tuvo otra vez un sueño extraordinario y esta vez los canarios le dijeron: -Al norte del palacio se encuentra un lago y en el centro de este lago hay una isla pequeña. En esta isla se alza, hasta el cielo, un enorme pino canario y en este pino tiene su nido la espantosa águila del fuego. El conde del inframundo querrá que le lleves una pluma de este pájaro, que es especial porque proporciona a su dueño la habilidad de poder volar. Al mediodía cuando el sol arde con mayor intensidad el águila suele dormir, este es el momento en el que tienes que subir al pino y entrar silenciosamente en su nido. Cuando le saques una pluma, águila se va despertar, pero tú tienes que aprovechar el momento y saltar del árbol y como tendrás la pluma, serás capaz de volar. Sin embargo, no podrás escapar del águila que es mucho más rápida, tendrás que meterte en el lago. Debajo de la superficie del agua hay una cueva que tiene su fin en el pinar cerca del lago. Espera un poco en esta cueva y águila pensará que te habías ahogado.

La mañana siguiente fue tal como dijeron los canarios en el sueño, el conde del inframundo ordenó a Airam traer una pluma de águila. Airam emprendió el viaje, tuvo que correr mucho ya que tenía solo un día para esta difícil tarea. Cuando llegó al lago y lo atravesó nadando se dio cuenta de lo grande que era el pino. Era casi mediodía cuando empezó a subir para acercarse al nido que se encontraba casi en la cima del pino. Observó con silencio al águila que era realmente espantosa, era tan grande que con un solo golpe con su garfa podría matar a diez hombres. Pero de momento estaba durmiendo así que Airam finalmente se atrevió a entrar. Al principio tuvo miedo de que no se atreverá a saltar desde tanta altura, pero cuando le sacó al águila la pluma y éste se despertó, Airam saltó inmediatamente. Águila era realmente muy rápida y Airam se escapó por los pelos, en el lago encontró la cueva según la descripción de los canarios y para asegurarse de que el águila le deje de buscar permaneció ahí mucho tiempo.

De vuelta en palacio el conde del inframundo no estaba en nada feliz, se decepcionó mucho cuando vio que Airam cumplió incluso la última tarea, pero le llevó a la cámara del tesoro tal como le había prometido antes y le dijo: -Ahora puedes elegir lo que quieres. Airam sin pensar mucho dijo que quiere el pájaro gris, la vieja espada, la bolsita con trigo y la rama de flores marchitadas. El conde se sorprendió por esta decisión, sin embargo, le dio a Airam todo lo que pidió.

En el camino a casa Airam pensaba para qué le podrían servir las cosas que le aconsejó escoger el anciano y pensó que podía haber sido engañado ya que llevaba un montón de basura. En este momento, porque se acercó a la ciudad cubierta con aquella planta invasiva, tropezó con una rama de la planta y porque tenía la espada, la cortó con rabia. Pero la rama, en vez de crecer aún más, se empezó a secar milagrosamente. Airam entendió, entonces, para qué servía la espada y corrió a la casa del príncipe de esta ciudad para presentarle una solución a su problema. Con la espada no tardó mucho tiempo en destruir completamente la insidiosa planta. Toda la ciudad estaba agradecida a Airam y el príncipe le otorgó varios regalos antes de que continuase en su viaje. Airam a cambio dejó la espada por si acaso fuera necesaria.

Estuvo caminando varios días cuando vio a la ciudad afectada por la epidemia, se acordó de las palabras del anciano: -lo sabrás en su justo momento. Y se le ocurrió una idea, corrió hacia la ciudad y dijo que tiene una posible medicina. De la rama de flores marchitadas preparó una infusión y le dio de beber a todo el mundo. Después de la infusión de flores mágicas todos se curaron y estuvieron muy agradecidos. El príncipe de la ciudad lo llenó de regalos y Airam continuó en su camino.

Una noche cuando acampó lejos de civilización, Airam quiso prepararse el gofio y decidió usar el trigo de la bolsita que cogió del conde del inframundo y aunque la bolsita era pequeña, cuando quiso echar el trigo no se vació completamente, entonces, Airam se dio cuenta de que era otro objeto mágico. Cuando llegó a la ciudad que padecía hambruna, le otorgó al príncipe de la ciudad una solución, le dio la bolsita con trigo mágica y así salvó a toda la ciudad. Otra vez el príncipe le dio varios regalos por su servicio y Airam a cambio le dejó la bolsita por si acaso fuera necesaria.

A su pueblo natal Airam regresó con varios caballos cargados con joyas, metales preciosos y otros regalos de los nobles de las ciudades y también con el pájaro gris no muy bonito. Cuando entró en su casa todos se sorprendieron cuando vieron a Airam con todos los regalos porque ya lo tenían casi por muerto. En casa estaba todo patas arriba, el duendecillo estropeó todo lo que pudo y la madre de Airam seguía enferma. Airam puso la jaula con el pájaro encima de la mesa y le dio agua fresca. En este momento el pájaro empezó a cantar como si nadie lo hubiera escuchado antes y esto no le gustó nada al duendecillo que salió gritando de la casa y no apareció jamás. Por fin se terminó el sufrimiento que habían padecido con el duendecillo, la madre pronto se curó y toda la familia vivió feliz para siempre.